

# LETRA

& LETRILLA

# L&TROM



84

LETRAS LIBRES  
ENERO 2015

PERFIL

## HALPERIN DONGHI: LA LUCIDEZ SIN COMPLACENCIA

de HILDA SABATO

**T**ulio Halperin Donghi (1926-2014) es el más grande historiador argentino de nuestro tiempo. Autor de una vasta y originalísima obra que marcó decisivamente los estudios del pasado de América Latina, hizo de la historia una aventura de trama densa y final abierto, siempre pasible de nuevas interrogaciones. Sus escritos desafiaron las modas historiográficas y las ortodoxias teóricas, aunque las conocía muy bien a todas. Formado en los años en que la vanguardia de la profesión abrazaba las propuestas estructuralistas que privilegiaban el estudio de las bases materiales, económicas y sociales, Halperin incorporó las novedades de ese tiempo en un entramado mayor en el que las ideas y la política tuvieron siempre un lugar central. La suya fue una historia de actores; actores sociales colectivos, por un lado, pero también actores singulares, todos ellos insertos en mundos que nunca conocían del todo y a la vez buscaban moldear a la medida de sus intereses y sus

pasiones. Clases propietarias, élites políticas, letrados, sectores populares y campesinos son protagonistas que no define con otras palabras que no sean las de sus propias acciones y discursos cambiantes, inestables, imposibles de reducir a ninguna lógica predeterminada desde el presente del historiador.

En cuanto a los actores con nombre propio, su territorio predilecto fue el de los letrados del siglo XIX y los intelectuales del XX, esos hombres —y ocasionalmente alguna mujer— que hacían de la palabra, escrita y oral, un pilar de su actuación en las sociedades que les tocó vivir y un instrumento no siempre eficaz de su inserción política. El deán Gregorio Funes en el Río de la Plata; fray Servando Teresa de Mier en Nueva España; Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en Argentina; José María Samper en Colombia, José Victorino Lastarria en Chile y tantos más adquieren vida en páginas en que sus voces se confunden y entrelazan con las de su perspicaz observador, que por una parte se identifica con ellos y por otra se distancia de manera tal que desarma cualquier pretensión mistificadora. En cada recorrido sus exploraciones se abren en varias direcciones, multiplican los interrogantes y ofrecen respuestas que abren nuevas preguntas

y van tejiendo una filigrana que termina por dar sentido a las acciones y opiniones de las figuras que estudiaba.

Uno puede fácilmente perderse en la elaboradísima prosa de sus escritos, disfrutando de los detalles que ofrecen sus eruditas reconstrucciones del pasado. Recorría ese pasado como si fuera su propia casa, conocía cada rincón y seguía hurgando en los recovecos. Pero en cada texto se puede descubrir, además, la fina trama que articula el conjunto, las interpretaciones sólidas, aunque nunca cerradas, presentes en toda su obra y cada una de sus partes. Esas líneas aparecen con mayor visibilidad en su magistral *Historia contemporánea de América Latina*, una obra pionera que conjuga un vasto conocimiento del pasado de cada región del subcontinente con una poderosa interpretación general que le permite dar cuenta de los destinos diversos pero a la vez compartidos del conjunto. En el caso de sus numerosos y decisivos textos sobre Argentina, por su parte, es posible ver en cada uno las huellas de una pasión por entender una historia de dos siglos, para la que fue encontrando (y ofreciendo) diferentes aproximaciones y respuestas, hasta concluir, hacia el final de su vida, que esa fue la historia de un fracaso.

Frente a la complejidad de esta empresa de conocimiento no sorprende que, si su influencia historiográfica es insoslayable, su forma de hacer historia es irrepetible. Su originalidad resultaba de una capacidad única para combinar erudición e imaginación, sostener ideas fuertes pero a la vez sujetas a su propia desconfianza epistemológica, convertir a los actores del pasado en interlocutores a los que desarmaba con su ironía punzante, desplegar una prosa casi barroca que sin embargo respondía a una lógica implacable, cuestionar y cuestionarse sin límite y, por fin, contagiar su curiosidad infinita, su pasión por entender y su gusto por desentrañar las razones de los hombres a sus lectores y, en especial, a sus alumnos.

Tulio Halperin fue un maestro de varias generaciones de historiadores. Enseñó en la Universidad de California en Berkeley, donde recaló luego de que una de las vueltas políticas de la vida argentina lo alejara, en 1966, de la casa donde se formó y se inició en la profesión, la Universidad de Buenos Aires. Fue, asimismo, profesor en distintas instituciones del mundo y cada año volvía a Argentina para reanudar su ininterrumpida conversación con colegas y amigos y para dar clases a las nuevas camadas de estudiantes que seguían con avidez sus soberbias lecciones de historia. No se perdía, además, las discusiones políticas en las que intervenía con la misma vocación polémica que en los debates sobre el pasado, y en las que ponía en juego su proverbial ingenio y su conocida ironía. Ese presente renovaba sus preguntas sobre el pasado, pero nunca le proveyó las respuestas. Rechazó casi visceralmente lo que llamó la “militancia retrospectiva” y un escepticismo laico lo protegía de cualquiera de las tentaciones esencialistas tan difundidas en nuestro tiempo. En un país como Argentina, atravesado por enfrentamientos irracionales, la lucidez sin complacencias de Halperin es, para muchos de nosotros, un estímulo para seguir apostando por la razón. —

FILOSOFÍA

## FRUSTRACIÓN Y ANTISEMITISMO: LOS CUADERNOS NEGROS DE HEIDEGGER

✎ LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

En febrero y marzo de 2014 vieron la luz en Alemania tres nuevos tomos de la monumental edición de las obras completas del filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976), los *Cuadernos negros*. Constituyen la primera entrega de un total de nueve volúmenes de igual título con cuya publicación se cerrará la edición, proyectada en ciento dos tomos. Los publicados ahora suman la transcripción del contenido de catorce cuadernos de notas —con tapas de hule negro, de ahí su nombre— que Heidegger tituló “Reflexiones”. Albergan alrededor de mil seiscientas entradas que datan de 1931 a 1941. Hasta casi el final de su vida, el autor de *Ser y tiempo* continuó sirviéndose de este mismo tipo de cuadernos para ir consignando pensamientos privados.

No son notas tomadas al vuelo sin propósito, responden a un proyecto meditado de Heidegger, un nuevo “camino” para ahondar en su filosofía y, a la vez, entender los acontecimientos del siglo XX desde un punto de vista metafísico; de ahí que no pueda calificarse a estos cuadernos de mero “cajón de sastre” de pensador. Heidegger los ocultó en vida y dispuso que solo vieran la luz como colofón de sus obras completas. Está previsto que en los próximos meses vayan apareciendo nuevas entregas.

*Sottovoce* se comentaba que los cuadernos traerían valiosas ideas filosóficas, pero también —según alguna insinuación por parte de los custodios del legado del filósofo— que aclararían para siempre la relación de Heidegger con el nacionalsocialismo. Una vez que han visto la luz los tres primeros tomos, constatamos que su contenido se reparte entre filosofía (la pregunta por el ser y el preguntar en general), anotaciones críticas respecto a la universidad en el Tercer Reich y comentarios sobre la Segunda Guerra Mundial y el estado del mundo (culminación de



✦ El filósofo a la luz de las revelaciones.

la “técnica”) desde un punto de vista metafísico. El lenguaje críptico del grafómano “filósofo del ser” decepcionará a los lectores que busquen claridad de pensamiento o confesiones íntimas explícitas; pero los iniciados en su pensamiento apreciarán la sustancial importancia de estas notas. Sea como fuere, lo cierto es que la publicación de los primeros *Cuadernos negros* ha caído como una bomba entre los estudiosos y la opinión pública culta.

Estos escritos confirman algo que ya se sabía: Heidegger comulgó de buen grado con el nacionalsocialismo y aprobó la llegada de Hitler al poder (aunque no hay mención del dictador en los cuadernos es perceptible el eco de algunas de sus soflamas); también, que su entusiasmo inicial por el nuevo régimen se enfrió y se transformó en frustración.

Heidegger confiaba en que los nuevos líderes de Alemania promovieran una verdadera “revolución espiritual”, que el nuevo régimen inaugurara una “era metafísica” que proporcionara a los alemanes el conocimiento de su *ser*, alejándolos del mundo de los meros *entes*. Solo Alemania tenía que culminar la tarea iniciada por los griegos en busca del *ser* (o *seyn*), tarea traicionada por la historia de la metafísica posterior, que acusa su “olvido”.

Son numerosas las anotaciones que testimonian esta “frustración”.

LETRAS LIBRES  
ENERO 2015

Mientras ocupó el cargo de rector de la Universidad de Friburgo en 1933, Heidegger se ilusionó con la idea de convertirse en “guía de guías”, incluso “conducir” al propio *Führer*. Pero apenas ocho meses después, en 1934, anotó: “Mi cargo puesto a disposición, ya no es posible una responsabilidad. ¡Que vivan la mediocridad y el ruido!” Al nazi “espiritual” que pretendía ser Heidegger lo horrorizó ese otro nazismo real —“vulgar”— que impregnaba las instituciones y las personas. Las notas dan queja del ambiente mediocre de la universidad, del “triumfo de la medianía” y la burda cultura “popular”; del “ruido” y la propaganda —el “arte de la mentira”— que lo rodean por doquier. En lugar de filósofos y hombres de espíritu, tenía que soportar a los nuevos custodios de la cultura: “maestros de escuela asilvestrados, técnicos en paro y pequeños burgueses acomplejados”.

Desilusionado, Heidegger abandonó la política activa para refugiarse en sus seminarios sobre Nietzsche y Hölderlin, nombres que aparecen profusamente en entradas de los años 1938 y 1939. Según él, solo ellos podían enseñar —también a los nazis— la “esencia del pueblo alemán”, tan diferente de otros: “rusos”, “ingleses”, “americanos” y “judíos”.

Sí, Heidegger menciona a los judíos en estos cuadernos, y han sido unas pocas observaciones en el tercer tomo —y bastante crípticas, por cierto— sobre la “raza” y el “pueblo judío” las causantes de la indignación de la opinión pública, descubridora ahora de que Heidegger, además de ser un nazi, fue un “filósofo antisemita”. Léase una pequeña perla de 1939: “los judíos, dado *su acentuado don calculador*, viven desde hace mucho según el principio racial; de ahí que ahora se opongan con tanto ahínco a su aplicación”. “Aplicación” por parte de los nazis sobre los judíos, se entiende.

El filósofo Peter Trawny, editor de estos *Cuadernos negros*, acaba de publicar en Alemania un libro fundamental: *Heidegger y el mito de la conspiración judía mundial* (Klostermann, 2014). Está convencido de que el autor de *Ser y tiempo* compartía y reiteraba tópicos antisemitas de la época con el afán de transformarlos en “filosofía”. Heidegger

caracterizó a los judíos como “hábil en el cálculo” (para él calcular se opone a pensar), y los acusaba de formar parte de una *calculada maquinación* universal (*Machenschaft*), junto con los otros “pueblos” mencionados, para exterminar a los alemanes. El lúcido Trawny ve en semejantes despropósitos la influencia de los discursos de Hitler, devoto a su vez de *Los protocolos de los sabios de Sion*, ese libro nefasto que culpaba a la judería internacional de una oscura conspiración, causa de las guerras.

La publicación de los *Cuadernos negros* ha levantado ampollas y tendrá consecuencias, la más evidente es que habrá que revisar toda la filosofía de Heidegger a la luz de las nuevas revelaciones; pero quizás hay algo que deba preocupar más: la constatación rotunda de que tras el pensador de fama mundial asoma el hombre sin altura moral. —

## ARQUEOLOGÍA

¿ES EL  
MAUSOLEO DE  
ANFÍPOLIS LA  
TUMBA DE  
ALEJANDRO  
MAGNO?

a mi hermano Jaime

PABLO SOLER FROST

La magnitud del mausoleo que se excava en Anfípolis, cuya exhumación es un verdadero *reality* arqueológico, ha llevado a muchos a preguntarse si este podría ser el destino final de los restos de Alejandro de Macedonia. Así que me puse a indagar en las fuentes históricas, buscando algo de luz al respecto.

Alejandro murió en el año 323 a. C. En cuanto murió, entre prodigios, se avivaron las disensiones. Pues “mal tienen en uno, ovejas sin pastor; entró en los barones cisma e mal fervor” a decir del castellano *Libro de Alexandre*. Y no solo entre los generales se avivaron la saña y el enojo. “Los persas se peleaban con los macedonios, porque querían llevarse a Alejandro e invocarlo como Mitra. Los macedonios se oponían, porque querían trasladarlo a Macedonia” (Pseudo Calístenes, III, 34).



Claudio Eliano da la más larga versión, pero cada frase vale la pena: “Mientras sus generales se disputaban el trono, él permaneció sin sepultura, de la que incluso gozan los hombres más pobres [...] Pero él fue abandonado sin sepultura durante treinta días, hasta que Aristandro de Telmesos [un adivino], inspirado por la divinidad o movido por alguna otra circunstancia, se presentó ante la asamblea de los macedonios y les dijo que [...] los dioses le habían revelado que la tierra que recibiría sus restos, ese cuerpo que fue el primer albergue de su alma, gozaría de la máxima felicidad y nunca sería destruida” (*Historias curiosas*, XII, 64). Y Olimpia, su madre, al saber esto, con “profundos gemidos y lamentos” se dolía de que su hijo no hubiese hallado sepultura (de nuevo, Claudio Eliano, XIII, 30).

Cuenta Flavio Arriano lo que sucedió con el cuerpo de Alejandro Magno, luego de su muerte, de la siguiente manera: “Arriideo, quien conservaba consigo el cuerpo de Alejandro, contra el parecer de Pérdicas se marchó con el dicho cadáver hacia Ptolomeo y se encaminó desde Babilonia por Damasco hasta Egipto.” Se dice que un oráculo de don Zeus (en el *Libro de Alexandre* encontré esta maravilla, que dice, por ejemplo, don Febo y doña Palas) había dicho que debía ser enterrado



+La tumba de Alejandro: incógnita histórica.

en Menfis, pero esto, que cuenta el Pseudo Calístenes, puede ser parte de la propaganda ptolemaica para asegurarse que el cuerpo fuera para Egipto.

El cadáver, en un ataúd de plomo según unos, en uno de oro, según otros, fue de Babilonia para Damasco. “Y aunque [Arrideo] en muchas ocasiones fue impedido por Polemón, que era amigo íntimo de Pérdicas, con todo pudo llevar a feliz término lo que se había propuesto.” Otros dicen que Pérdicas mismo llevaba el cuerpo hacia Macedonia, pero que le fue arrebatado por Ptolomeo en Damasco. El *Libro de Alexandre*, “rimado por la cuaderna vía”, trae así los pleitos por el cuerpo y la astucia del primer faraón griego:

Entendió Tolomeo de qué pie  
[cojeaban  
pareció bien por ojo que movidos  
[andaban,  
hízlo soterrar mientras llegados  
[estaban,  
ca el cabdal sepulcro aún no lo  
[labraban.

Carlos García Gual, en su edición, dice que “realmente” el cadáver estuvo dos años en Babilonia. “Estuvo en Babilonia gran tiempo soterrado [...] mas fue en Alejandría al cabo trasladado [...]”

Claudio Eliano: “Ptolomeo, si debemos creer esa historia, robó

el cuerpo y lo llevó con diligencia hasta la ciudad de Alejandro que está situada en Egipto. Los demás macedonios nada hicieron, salvo Pérdicas, que intentó perseguirlo. No le preocupaba tanto el respeto debido a Alejandro y el deber sagrado hacia sus restos como lo inflamaban e incitaban las profecías anunciadas por Aristandro. Cuando alcanzó a Ptolomeo se entabló una gran batalla por la posesión del cadáver, de alguna manera semejante a aquella otra por el ídolo de Troya [...] Ptolomeo logró superar el ataque de Pérdicas. Había hecho fabricar una estatua de Alejandro que había adornado con las ropas reales y con magníficos sudarios. Tumbó la imagen sobre un carro persa y preparó sobre esta un féretro espléndidamente adornado con plata, oro y marfil. Por delante había enviado el verdadero cuerpo de Alejandro, sin ninguna pompa, por caminos ocultos [...] Cuando Pérdicas capturó la reproducción del cadáver y el carruaje preparado al efecto, puso término a la persecución, creyendo que había obtenido el premio. Demasiado tarde comprendió que había sido engañado: ya no podía perseguirles.”

Se podría inferir que, así como nadie sabe en realidad qué fue lo que mató al gran conquistador —¿fiebres palúdicas?, ¿los excesos?, ¿el dolor por Hefestión?, ¿el veneno?—, nadie

realmente puede decirnos qué ocurrió con su cuerpo luego de Damasco. Sin duda el mundo antiguo creyó a pie juntillas que se hallaba en Alejandría. ¿Qué mejor lugar? Y Egipto y la dinastía ptolemaica fueron los últimos, de entre los reinos y dinastías sucesores de Alejandro, en caer presos de Roma, lo que prestaría crédito al anuncio del arúspice en el sentido de que la tierra que poseyese ese cuerpo sería feliz.

Pero lo que me extraña es que nadie diga nada del destino final de ese mausoleo: me extraña que ningún romano, ni César ni Antonio ni Augusto, vaya, ni Tiberio, Nerón, Cómodo, Caracalla, Heliogábalo o Maximino Daza o Constantino hayan ido a ver, ni hayan abierto el sepulcro, buscando sus armas tal vez. Es fama que el macedón mismo tomó las armas de su pariente Aquiles, particularmente el escudo sagrado, luego de estar en las ruinas de Ilión.

Hay muchas contradicciones en la historia. Ahora bien, si se hizo, por lo menos, una efigie mortuoria de Alejandro, ¿no se habrán hecho dos? ¿No habrá sido más listo que Ptolomeo, Antípatro, a quien el Pseudo Calístenes acusa de haber preparado el veneno que mató a Alejandro? ¿No podrían haberse llevado algunos macedonios el cuerpo para su tierra natal, dejando una efigie falsa en su lugar, que fue la que estuvo en Babilonia? ¿No sabía tal vez Ptolomeo, un gran propagandista, que no importaba si el cuerpo que tenía era el verdadero, sino que lo importante es que los demás creyeran que lo poseía? Y, por último, ¿no hubiesen tal vez accedido a enviarlo en secreto a Anfípolis, para que nadie perturbase nunca el sueño del conquistador?

Volviendo a la excavación en Anfípolis. Si no fuera de Alejandro, ¿de quién podría ser? Ha dicho alguno que de su madre, Olimpia, pero el cadáver de esta mujer fue horriblemente profanado. ¿De alguno de sus parientes asesinados? ¿De un general macedónico? No lo creo.

Bien sé que, hasta aquí, no he probado nada. Son puras conjeturas. Tal vez tan solo quisiera ser testigo de una maravilla tan grande como sería el descubrimiento del mausoleo de Alejandro. —



CORRESPONDENCIA

## BISHOP Y LOWELL, PERSONAJES DE TEATRO

de ANTONIO JOSÉ PONTE

Elizabeth Bishop y Robert Lowell escribieron durante treinta años una de las más hermosas correspondencias entre poetas que puedan leerse. Los había presentado Randall Jarrell en 1947, en una cena neoyorquina. Ella tenía 36 años y un libro de poemas publicado, él contaba con seis años menos y dos libros. Andaba divorciándose de su primera esposa; Bishop acababa de separarse de su novia de Key West. Con Lowell fue amor a primera vista, reconoció ella. Por primera vez era capaz de hablar con alguien acerca de la escritura, y resultaba tan sencillo como intercambiarse recetas de tartas.

Iban a verse poco. Bishop en Brasil, él en Nueva York, Boston o Londres. Emparejada ella con la arquitecta Lota de Macedo, él casado o divorciándose, siempre de mujeres novelistas. Sus encuentros, precedidos por complicadas negociaciones, incluirían accidentes desastrosos. Ella era alcohólica y depresiva, reservada y escueta; escribió apenas media docena de libros. Él, maníaco hasta la hospitalización, poeta abundante y confesional.

Se admiraban, se dedicaron poemas. Amaron en la obra del otro ciertas cualidades compensatorias. A

propósito de un muy conocido texto de ella, Lowell lamentó ser tan aficionado a la pesca y que todos sus peces escritos se le volvieran simbólicos. Bishop le envió esta impaciencia dirigida a sí misma: “Cielos, ¿cuándo empezará una a escribir los verdaderos poemas?” Y comentó a continuación cuán verdaderos encontraba los de él.

Compartían admiraciones: Thomas Hardy, Marianne Moore, George Herbert. Cada uno de ellos visitó a Pound en St. Elizabeth’s Hospital. Sus cartas están llenas de cháchara de sepelio. A él le tocó noticiarle la muerte de Dylan Thomas, Robert Frost, Randall Jarrell y Delmore Schwartz. Envio a Bishop detalles del obituario de Hannah Arendt que entonces componía, de su entusiasmo por la poesía póstuma de Sylvia Plath y de una fiesta de cumpleaños de la viuda Jackie Kennedy.

“¡Me temo que voy a pasarme toda la vida extrañándote!”, le escribió. Recordaba un momento íntimo que habían tenido, de casi declaración amorosa. Él pensaba en ese instante como en otra vida que pudo haber vivido. Ella, en su contestación, dejó intocado el tema. “Cuando escribas mi epitafio –rogó Bishop–, di que fui el ser más solitario que vivió nunca.” Los dos se hallaban sentados sobre una roca. O sobre la idea de una roca, como apunta Sarah Ruhl en la pieza teatral donde los junta.

Ruhl cumplía un reposo por embarazo cuando un amigo le regaló el volumen de la correspondencia completa entre ambos escritores. Ya amaba los poemas de Elizabeth Bishop, y al introducirse en aquellas ochocientas páginas comenzó su obsesión con las cartas cruzadas entre Bishop y Lowell. ¿Y qué puede hacer uno con unas páginas que lo obsesionan hasta ese punto? Releerlas, leerlas en voz alta, declamarlas, aprenderlas de memoria, ensalmarlas. Citarlas textualmente, ponerlas en letra propia, teclearlas, imprimirlas, enviárselas a alguien, recontarlas, reseñarlas, ensayar sobre ellas. Traducirlas a otra lengua u otra disciplina...

Dispuesta al recitado, la memorización, el ensayo y la traducción, Ruhl utilizó únicamente frases de esa correspondencia para escribir *Dear Elizabeth. A play in letters from Elizabeth Bishop to Robert Lowell and back again* (Faber and Faber, 2014). Una pieza para dos personajes: la poeta entre cuarenta y sesenta años, y el poeta de edad parecida. Cada uno en su asiento, una mesa entre ellos y únicamente un par de artefactos: micrófono y grabadora. Sobre un escenario capaz de convertirse en el mar que bate contra una roca, donde brille una gran luna. Y capaz también de volver a ser el espacio privado de cada uno de esos escritores.

Sería conveniente evitar que parezcan tener escritas ya sus frases,



ha sugerido Ruhl. Más bien estarían escribiéndolas en el mismo instante de la representación, como si se les ocurrieran delante del público. Ellos también asombrados de la llegada de esas palabras. Asombrados de dirigirse a otro, asombrados del otro. Podrían incluso leerlas directamente, algo que Sarah Ruhl aceptaría, igual que aceptaría una puesta que prescindiera del mar y de la luna y de la roca, pues su mayor deseo ha consistido en poner en voz alta esas cartas. Así que no se sentiría traicionada en el caso de que dos intérpretes, uno cerca del otro, leyeran los fragmentos de Bishop y de Lowell.

En una frase no incluida en la pieza teatral, Elizabeth Bishop propuso: “Puesto que flotamos en un mar desconocido, creo que tendríamos que examinar con sumo cuidado las otras cosas flotantes que nos rodean. Quién sabe lo que podría surgir de ello.”

Y Robert Lowell le consultaba en 1963: “¿Has sentido alguna vez que casi aprendiste, por fin, lo suficiente, y te encuentras lista para nacer de nuevo con muchas más ventajas?”

En la escena final de *Dear Elizabeth* lo que les queda a ambos por decirse son algunos de los encabezamientos y de las despedidas de sus cartas. Solamente saludos y despedidas: aquellos tanteos iniciales hasta encontrar el nombre exacto del otro y, luego, tentativas de desasirse amablemente. —

CARTA DESDE YANGÓN

## EL NIRVANA NO ES PARA TODOS

*Hablando del budismo [...] me atrevo a decir, sin perjuicio de otros credos, que se trata de mucho más que una religión; es quizá la más importante filosofía que existe en el mundo.*

General Aung San,  
agosto de 1946,  
en la víspera de  
la independencia de  
Birmania.

✪ DIEGO GÓMEZ PICKERING

En medio del monzón, el aire en Yangón es denso. Está cargado de humedad y también de lamentos; se cuele, proveniente del Golfo de Bengala, entre los derruidos edificios coloniales del centro de la ciudad, arrastrado por las caudalosas aguas del río Irawadi. Un aire tan denso como el ambiente político que antecede a las elecciones generales de 2015 para las que Aung San Suu Kyi, la premio Nobel e hija del gran *bogyoke* (general en birmano), pretende postularse a pesar de que una enmienda constitucional se lo impide.

De acuerdo con la reforma aprobada en 2010 con sonoro apoyo de la cúpula militar que comanda los destinos del país desde hace más de medio siglo, ningún birmano con hijos extranjeros (los de Suu Kyi son británicos) puede contender a la presidencia del país. Una ley hecha a la

medida, una estocada al corazón de la hija ilustre. Pero nada infranqueable: son ya muchos años de lucha, desde la oposición y desde la memoria del padre. Demasiada espera y cuantiosos sacrificios, la prisión domiciliaria, la muerte del cónyuge, la imposibilidad de ver a sus vástagos. La política en Birmania no es para todos. Aun así, la voluntad de Suu Kyi, como la densidad del aire de Yangón, no claudica.

Incesante a cualquier hora del día y de la boca de cualquier persona, por todo Yangón se escucha *mingalaba*. Significa ¡Hola!, en birmano, pero también, como el budismo en este país, es mucho más que eso. Bienvenido, bienaventurado, acogido, arropado, bendecido. Entre los puestos de ropa y artesanías del mercado Scott's y en la estación central de autobuses, entre las calles atestadas de gente y también entrando o saliendo de cualquier pequeño restaurante. Pero sobre todo se escucha en los templos y en las pagodas que inundan este impresionante conglomerado urbano.

Desde las alturas de la milenaria estupa de Shwedagon, de casi cien metros de altura y recubierta con veintisiete toneladas de oro, ocho cabellos de Sidarta Gautama y miles de diamantes, el *mingalaba* resulta aún más sonoro. Hileras interminables de monjes y monjas se arremolinan en los pisos de mármol que sirven de base a la pagoda más venerada del país, entre peregrinos venidos de toda Birmania y niños de la mano de sus madres camino de la escuela. Las vendedoras de magnolias hacen su agosto entre las filas que se forman para acercarse a alguna de las muchas estatuas que representan al Buda sonriente. Aunque la sonrisa no alcance para todos.

“Nunca hemos tenido en este país a personas pertenecientes a la etnia rohingya, así lo demuestra el archivo oficial de los grupos indígenas de Myanmar”, declara para la televisión el viceministro de Asuntos Exteriores, después de su visita al vecino país de Bangladesh. “Así se lo expliqué al ministro del Interior bangladés durante nuestra reunión.” Su acento suena tan cerrado como el ánimo



de reconocer el problema que representan para su país los rohingya, una comunidad de fe mahometana cuya población asciende, según fuentes no gubernamentales, a cientos de miles de personas.

Los rohingya son una etnia originaria del Estado birmano de Rakhine, al occidente del país y colindante con Bangladesh. De piel oscura y generalmente pobres, llevan cientos de años ocupando tierras del Golfo de Bengala, muchos más incluso de los que tiene la nación birmana. Su martirio y calidad de parias comenzó cuando Birmania se convirtió en provincia de la India británica. La guerra que partió a Pakistán y dio la independencia a Bangladesh en 1971 no hizo sino aumentar su desgracia.

Desde los violentos enfrentamientos de 2012 —en los que miles de rohingya murieron a mano de muchedumbres budistas, acompañadas en la mayoría de las ocasiones por monjes, y otras decenas de miles se convirtieron en desplazados perennes dentro de su propia tierra— los titulares de los diarios han cesado de hablar de la etnia y la atención internacional se ha desentendido de su causa. Con las amenazas intermitentes del Estado Islámico y la irresuelta crisis ucraniana no queda mucho espacio ni cabeza para ocupar en otros menesteres. Sin embargo, la realidad de los rohingya sigue siendo tan aterradora

como entonces, aunque la comunidad internacional se afane en ignorarla. Perseguidos en todos lados, muchos intentan huir por bote adonde el caprichoso océano Índico les lleve, lo mismo a Tailandia que a Malasia, de donde son deportados a un Myanmar que no los reconoce como ciudadanos. La historia de nunca acabar, un círculo vicioso. La Birmania que nunca será para todos.

“Ellos —los rohingya— no son como nosotros”, me explica Judy con una sonrisa tan dulce como las del Buda en toda pagoda, “y nunca lo van a ser”. Su voz es suave, discreta, parece que pide permiso antes de dejarse escuchar. Tiene veintipocos años, es huérfana y trabaja como guía de turistas para poder sostener a sus cuatro hermanos menores. Aprendió inglés en una de las mejores escuelas privadas de Yangón y luego trabajó por varios años en Singapur. Regresó a cuidar a su padre, enfermo terminal de cáncer, exmilitar. La madre le siguió poco tiempo después. No es budista sino cristiana, esa pequeña minoría del cuatro por ciento, pero aun así resulta irremediamente birmana: “Quieren que los reconozcamos pero nosotros no lo vamos a hacer.” El rechazo a la otredad envuelto en ideología, en religión, incluso en dulzura. El rechazo que mata al otro pero también a uno mismo. El no nirvana. —



LITERATURA

## MUNDOS ALTERNATIVOS PARA DISIDENTES

ENTREVISTA CON JONATHAN LETHEM

por ANTONIO DÍAZ OLIVA

La imagen apareció en la revista *Life* (1938): una mujer camina por Manhattan, en medio de una marcha contra Hitler. La mujer, quien tiempo después sería abuela del escritor estadounidense Jonathan Lethem, tuvo —al parecer— una vida ligada al Partido Comunista y a diversas causas revolucionarias. Y por eso su figura sería una de las inspiraciones para *Los Jardines de la Disidencia*, una saga familiar que explora los movimientos de izquierda en Estados Unidos, sus vínculos y tensiones con la corriente *folk* de los años sesenta y, de trasfondo, algunos enredos amorosos entre disidentes y revolucionarios. En esta conversación Lethem reflexiona sobre los intersticios de su nueva novela.



En comparación con otros de tus libros, esta novela parece ser más “realista”, no hay juegos con otros géneros (policial, sci-fi, etc). Sin embargo, puede ser leída como una novela de ciencia ficción: pensar en un movimiento de izquierda —tal como en Europa o América Latina— en Estados

LETRAS  
LETRILLAS  
Y LETRONES

90

LETRAS LIBRES  
ENERO 2015





+La disidencia, ese sueño.

### Unidos es como narrar ese futuro que parece pasado.

Sí, esa es la clave de cómo conecté la novela con el “material histórico”, por llamarle de alguna manera. En cierto sentido *Los Jardines de la Disidencia* es una fantasía sobre un Estados Unidos alternativo, o una realidad alternativa del país. Los personajes de esta novela viven de manera tradicional en el mundo cotidiano, el mundo prosaico del día a día, de la alimentación y el sueño y el trabajo; y la otra mitad de ellos está en otra área, en el reino crepuscular de algún sueño o deseo sobre una metáfora o alegoría social que no puede ser comprobada (el comunismo, la revolución). Pero, claro, para ellos esa metáfora o alegoría es tan real como el mundo cotidiano. Me gusta pensar que el comunismo estadounidense fue un ámbito ficticio como cualquiera de los mundos fantásticos que he descrito en otros libros. Aunque este sueño, en este caso particularmente, no sea una invención mía.

### También hay mucho de realidad.

**El área de Queens donde sucede gran parte de la novela, Sunnyside Gardens, fue un proyecto de comunidad social que efectivamente existió.**

**¿Leíste sobre Lewis Mumford, el arquitecto social detrás de la idea comunitaria en Queens?**

Investigué respecto a la comunidad social pero solo lo suficiente como para continuar con el proyecto. No me gusta tanto investigar porque me preocupa que pueda disminuir el

poder imaginativo de las historias que estoy intentando proyectar. En algún momento apareció el nombre de Mumford, y lo metí en las páginas de la novela. Pero en mis años en Brooklyn, cuando estaba creciendo, lo que Mumford intentaba no tenía nada que ver con mi impresión sobre las posibilidades urbanas propias de una zona como Sunnyside Gardens. Y sinceramente, esas impresiones, esas proyecciones de mi infancia sobre aquella comunidad social en medio de Queens, son y eran más importantes.

**Una de las aristas de *Los Jardines de la Disidencia* es la diferencia entre un movimiento de izquierda y el movimiento folk, cómo ambas líneas de protesta a veces se encontraban y a veces divergían.**

Absolutamente. Ahí, me parece, hay un misterio que fue uno de mis temas principales en esta novela: cómo el socialismo se escondía en el interior del movimiento *hippie*, pero sin ser nombrado, y cómo esa amalgama de corrientes se convirtió finalmente en materia social y cultural antes de reconocerse como contenido político.

**Cicero Lookins, el personaje que enseña marxismo en una universidad, parece indicar que uno de los pocos lugares donde la izquierda se mantiene es en la academia, en las universidades estadounidenses...**

Eso se dice a menudo, y a menudo se dice con miedo, pero no creo

que sea cierto. O la contracultura —y cualquier movimiento social— existe en todas partes o en ninguna. La academia, el mundo universitario, es solo un lente, una descripción de un mundo posible, pero si el mundo no refleja la posibilidad, entonces no hay nada allí. Y yo creo que la posibilidad sí existe.

**¿Crees que la recepción de la novela ha sido diferente dentro y fuera de Estados Unidos?**

Creo que el libro ha sido mejor comprendido, en su conjunto, fuera de Estados Unidos. Hasta el momento no he visitado América Latina, pero fue increíblemente satisfactorio hablar con los europeos al respecto. La diferencia es simple, y de alguna manera también es uno de los temas del libro: en gran medida los estadounidenses son amnésicos, se centran en el presente y el futuro. Están hechos de teflón, o al menos eso piensan: la historia no se adhiere a ellos. Aunque no es así como les sucede a los personajes de esta novela. Son personajes que se sienten inmersos en la historia, sumidos en ella. Es decir, son personajes del “mundo”, más que los estadounidenses prototípicos.

**Han pasado tres años desde Occupy Wall Street, un movimiento en el cual participaste. ¿Cuál es el legado de aquellas protestas?**

Me parece que el movimiento ha pasado a una fase subliminal, pero, de todas maneras, el poder de su influencia y su legado todavía se mantienen. Occupy Wall Street logró, al darle al capitalismo contemporáneo un nombre y señalarlo, sacar a relucir la idea de que existía un capitalismo y por lo tanto se abría la posibilidad de comenzar un movimiento “anticapitalista”. Al traer estos pensamientos imposibles a la luz —y al sacarnos, aunque fuera brevemente, a la calle para mirarnos a los ojos y admitir que pensábamos lo mismo— se creó una conciencia irreversible. El modelo en el que se sustentan nuestras vidas no es suficiente, ni en lo mínimo, para mantenernos. —